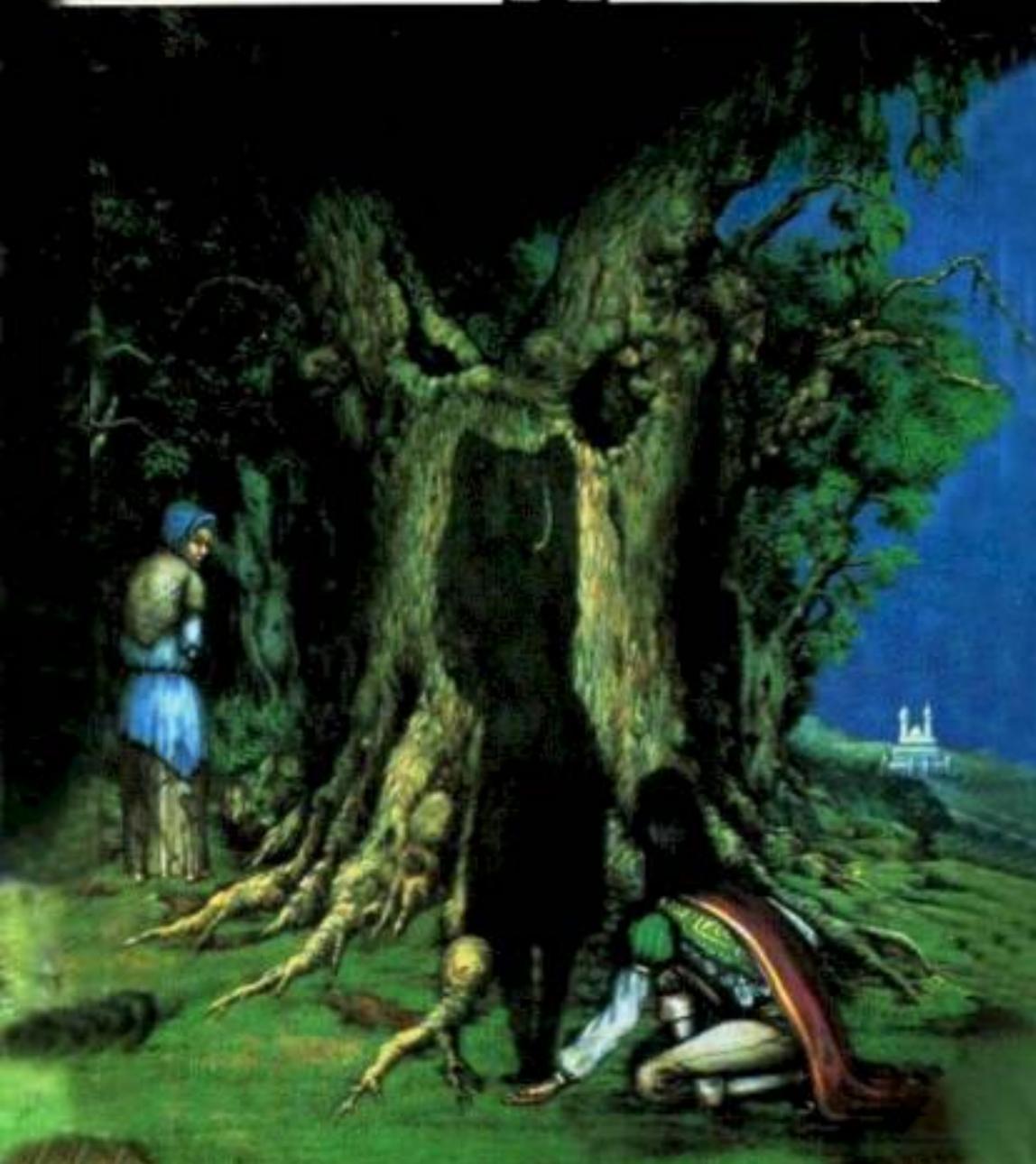


Lord Dunsany

EL CREPÚSCULO  
DE LA MAGIA



Ramón Alonso es hijo de una familia honorable, pero sin fortuna. Dotado de la ingenuidad propia de su juventud, entra a trabajar como aprendiz de un mago que vive en una casa escondida en el bosque cercano, y conoce así el terrible sino de la anciana que allí trabaja. Ella se encarga del trabajo rutinario de la casa, pero es especial: no tiene sombra...

El crepúsculo de la magia es una novela fascinante y extraña en la que Lord Dunsany desarrolla el profundo lirismo que ha hecho de él la influencia aislada más notable en la historia de la fantasía moderna. Ambientada en las postrimerías de la Edad de Oro española (sinónimo para el autor de escenario exótico), en ella se contrastan la ingenuidad de los personajes con un tono irónico delicioso por parte del narrador, dotando a la narración de un atractivo que no podría esperarse encontrar en un cuento.

«Dunsany se ha consagrado a mundos extraños y maravillosos de una fantástica belleza. Para los auténticos imaginativos, es un talismán y una llave que abre fabulosos almacenes de sueños» (H.P. Lovecraft).

«Es probablemente la influencia aislada más importante en el desarrollo de la fantasía en el siglo presente» (L. Sprague de Camp).

## Prólogo

¿Quién serás esta noche en el oscuro Sueño, del  
otro lado de su muro?

JORGE LUIS BORGES

*Edward John Moreton Drax Plunkett (1878-1957), decimotercero barón de Dunsany, fue un autor sumamente prolífico que cultivó tanto la novela y el cuento como el teatro y la poesía. Pero, sin duda, su faceta más destacada son los cuentos, cuya extensión se presta más al denso entramado, de abundante adjetivación, de su prosa barroca. Su pluma es ágil, de una agilidad que, al decir de algunos críticos, conspira con la calidad de parte de su obra, ya que muchos de sus cuentos carecen hasta tal punto de argumento que bien pueden considerarse poemas en prosa.*

*Pero también es necesario aclarar que Dunsany no fue nunca un escritor en el sentido estricto de la palabra, sino un diletante que escribía por el placer propio y el de algunos amigos. Una idea que sin duda es compartida por sus descendientes —teniendo en cuenta el poco interés que han tenido y tienen en la reedición de su obra—, que sin duda consideran su actividad literaria una extravagancia, quizá un pecadillo, de un hombre cuyas otras principales preocupaciones fueron las cacerías, el ajedrez y el cricket.<sup>[1]</sup>*

Educado en la exclusiva Eton y en la no menos exclusiva academia militar de Sandhurst, su obra surge en un momento de plena exaltación del espíritu literario irlandés, que trataba de recuperar en lengua inglesa una caudalosa tradición de leyendas gaélicas. Era también un momento importante —mediados del siglo pasado y principios de éste— para el resurgimiento de la magia ritual y la alquimia, actividades casi extinguidas en occidente desde la Edad Media, y que tuvieron su epicentro en la orden secreta Golden Daum (*Aurora Dorada*), que bajo la dirección de S. L. MacGregor Mathers produjo una profunda huella en la sociedad victoriana.

Todo esto, sumado al empuje irresistible de la revolución industrial, dio por resultado el fin del novelón gótico y la aparición de un nuevo género, el ghost story, en el que se destacaban de modo fundamental la brevedad, el humor y el realismo. Aparecen escritores como S. Le Fanu y M. R. James, quienes pronto darían paso a lo que J. Bergier denomina «cuento materialista de terror», dentro del cual —en su tendencia más bella y onírica—<sup>[2]</sup> podemos encuadrar a Dunsany, junto a un heterogéneo grupo que forman, a uno y otro lado del Atlántico, Arthur Machen, Algernon Blackwood, Ambrose G. Bierce, Robert Chambers, Edgar Allan Poe, W. H. Hodgson y H. P. Lovecraft, entre otros.

Este resurgimiento del paganismo se fusionaría en su obra con el mundo mítico y mágico de los cuentos de hadas y las mitologías orientales. Magia y hechicería, aventuras prodigiosas, ciudades brumosas e inaccesibles, todo un universo —que aparecía de algún modo esbozado en el misterioso condado de Meath, donde tenía sus posesiones— surge en sus obras. En ellas se advierte una fuerte dicotomía: ese mundo mágico y atrayente, que lo arrastraba con gran fuerza, coexistiendo con su racionalismo, que negaba esas realidades y las confinaba al campo de lo literario.<sup>[3]</sup>

*Por tanto, desde 1905, en que aparece su primer libro de cuentos, The Gods of Pegana, su actividad narrativa estuvo orientada de modo fundamental hacia la fantasía, destacándose dos obras de modo especial, Cuentos de un soñador, en el campo del relato, y La hija del rey del País de los Elfos, en el de la novela.*

*El crepúsculo de la magia (1926) y Don Rodrigo: Crónicas del Valle de la Sombra (1922) son dos novelas emparentadas que suceden en una España imaginaria, onírica, donde se nota la influencia de la clásica novela de caballería, pero donde el humor no desdeña el toque cervantino.<sup>[4]</sup> Fundamentalmente, son notables en la primera las descripciones del bosque donde vive el mago, y el Valle de la Sombra, ominosa y desconocida comarca donde penetra Don Rodrigo, en la segunda.*

*La visión de Dunsany es siempre incierta: sus historias pueden situarse tanto en lugares fabulosos, en mundos remotos, o bien, como en El crepúsculo de la magia, en un lugar reconocible, pero distorsionado por su óptica de soñador empedernido. Esta visión onírica de la realidad fue muy criticada en su tiempo, y etiquetada con la fácil clasificación de escapismo, a lo que el escritor a menudo respondió: «No creo que haya mucho sentido en el mundo».<sup>[5]</sup>*

*Los contenidos de su obra pueden ser discutidos, pero lo que no es discutible es la brillantez de su estilo ni la influencia que ejerció sobre los modernos autores de lo fantástico. Lovecraft, uno de sus más dilectos continuadores, ha definido así su obra: «Nadie ha logrado sobrepasar el encanto de su prosa cantarína y cristalina ni su capacidad para crear un mundo deslumbrante y lánguido, una visión exótica e iridiscente, un ámbito de fantástica belleza».<sup>[6]</sup>*

JORGE A. SÁNCHEZ

## 1

## El Señor de la Torre encuentra una profesión para su hijo

Imagina una dulce y sombría tarde de verano en España, cuando el brillante lustre de las hojas da paso a colores más sobrios, y el cielo es cálido y misterioso como la música al oeste, y amenaza tormenta al este. Imagina que ha pasado el maravilloso cénit de la Edad de Oro, y que ésta se encamina ya a su crepúsculo.

En semejante día y época del año, y en semejante momento de la historia, un joven recorría a pie un camino español. Había dejado atrás un pueblo cercano y desconocido, y se dirigía hacia el esplendor y la grandeza de las montañas. El viento del atardecer le agitaba con fuerza la capa al caminar.

El ímpetu del viento aumentó, trayendo consigo extraños gritos; la cuesta se hizo más escarpada, la luz del día declinó, y hombre, capa y tarde se fundieron en una oscuridad tal que apenas puedo verles ahora con la imaginación.

Pero antes de proseguir, respondamos a los interrogantes de quién era y de cómo llegó a rondar en semejante hora región tan rocosa y solitaria como la que se alzaba ante él, cuando hasta los vagabundos más curtidos se refugiaban para pasar la noche.

Se llamaba Ramón Alonso Matías-Marcos-Lucas-Juan de la Torre y el Bosque Rocosó. Su padre habíale llamado

cuando jugaba con su hermana a la pelota, pasándosela el uno al otro sobre una valla de tejo. La pelota tenía un penacho de plumas para que volara suave y grácilmente, y la valla de tejo daba a una balaustrada blanca que les separaba de las aguzadas rocas y el tenebroso bosque. Su padre llamóle y entró a la casa abandonando la dulce tarde, pidiéndole a su hermana que le esperara; pero estuvo con su padre hasta que anocheció, y no jugaron más a la pelota.

Y cuando estuvieron sentados ante las brasas de la habitación donde se colgaban las cabezas de jabalí, el Señor de la Torre y el Bosque Rocosó le habló a su hijo de la siguiente manera:

—No sé qué resulta más agradable, si la caza del jabalí o la del ciervo. Yo me inclino por la del jabalí, pero sólo los benditos santos saben cuál lo es más. En la vida hay otras consideraciones aparte de éstas, y el mundo sería más feliz si no las hubiera, pero el caso es que haylas.

Y el chico asintió con la cabeza, porque sabía de lo que iba a hablarle su padre, y era del lucro, que tenía mucho que ver con asuntos mundanos. Los buenos padres ya le habían prevenido acerca de ello.

—Pese a lo vil y sucio que sea el oro en sí, y no te pido que dudes de lo aprendido en la escuela, resulta necesario para muchas cosas que son buenas, de la misma manera que ciertas cosas inmundas sirven para alimentar las raíces de la vid. De ese modo y manera, Manuel y Marcos reciben regularmente su paga año tras año por el trabajo que hacen con los caballos, e igualmente Pedro recibe una paga por su labor en el jardín. ¿Y acaso no pasa igual con la educación que recibiste de los buenos padres, allá en la colina?; mucho vil metal ha ido a parar allí, pese a ser un trabajo bendecido por los cielos. Y ahora se necesita llenar las arcas y tenerlo preparado para cuando le haga falta a tu hermana, pues acaba de cumplir los quince. Y es que nuestro suelo rocoso resulta poco adecuado como dote; no cede fácilmente sus riquezas, y poco podemos conseguir del

bosque. Parecería que a medida que aumenta el pecado en la Tierra, la necesidad de oro lo hace de igual manera.

»El caso es que, si es cierto lo que dicen y la obtención de oro es un arte, ya no tengo edad para aprender un nuevo arte; y si es un pecado, los míos ya están por encima de todo. Pero tú, hijo mío, puedes encargarte de satisfacer esta necesidad nuestra, o este mal, sea lo que sea; y en caso de ser un pecado, ¿qué es un pecado más para la juventud? Poca cosa, me temo.

El joven sintióse ofendido.

—Y no conviene seguir el camino de las armas —continuó su padre, sin desviarse un ápice de su discurso—, porque, como bien se ha dicho desde siempre, los hombres de leyes siempre las vencen con la pluma. Tendrás que aprender un Arte muy especial ante cuya mención palidecen hasta los mismos hombres de leyes.

—¡El Arte Negro! —exclamó Ramón Alonso.

—Sólo hay uno —repuso su padre—, y resultará muy ventajoso que lo aprendas, pues últimamente ha habido poca magia en España, y ni siquiera en este bosque hayla más que de cuando en cuando, no recordando yo haberme encontrado con misterio o amenaza de esa índole, no viéndose dragón alguno desde los tiempos de mi abuelo.

—¡El Arte Negro! —dijo Ramón Alonso—. ¿Cómo voy a decírselo al padre José?

Su padre acaricióse la barbilla antes de volver a hablar.

—En verdad que será duro contárselo a tan buen hombre. Pero tenemos mucha necesidad de oro, y Dios en su misericordia prohíbe que uno de nosotros se dedique al comercio.

—Amén —dijo el jovencito.

El fervor con que su hijo había dicho «amén» hizo que el padre alentara esperanzas de que hiciera según su voluntad, y siguió animándole con el discurso, que reanudó de la siguiente manera:

—Mi padre conoció un mago en las montañas, que están a un día de distancia de Aragona (cuyas torres vemos desde aquí). Fue una vez en que mi padre se internó en ellas, persiguiendo un ciervo tan hermoso que regocijó su alma de cazador; una vez maté uno igual, pero nunca encontré otro que lo superara. Yo maté al mío el año anterior al de tu nacimiento, el de la gran nevada; pero éste bajó de las montañas. Mi padre tuvo que perseguirlo desde el valle donde pastaba, cerca de los jardines, hasta su hogar en las montañas, cazándolo al fin al caer de la tarde, en los densos bosques de las laderas. Entonces, apareció entre las rocas el hombre más extraño de cuantos había conocido. Llevaba una capa de seda negra, y caminó lentamente hasta donde estaba despellejando al animal, rodeado por los cansados sabuesos, y preguntó si había estudiado magia. Mi padre le respondió que los únicos estudios que tenía eran los de la caza del ciervo y del jabalí. Y bien que estudió esas materias, y a mí me las enseñó, pero no lo sabía todo, porque no hay hombre que pueda aprender tanto. Y le contó algo sobre la caza del jabalí, y el mago asintió complacido, porque los hombres le evitaban; y, los que no, solían hablarle de corazón acerca de las cosas que amaban, ante su portentosa capa y sus extraños ojos sabios. Mi padre se animó a hablarle de las cosas sobre las que había estudiado, y las estrellas llenaron el firmamento, y enorme era el reflejo de su brillo sobre el bosque, y mi padre seguía hablando de la manera de cazar el jabalí, porque nunca hubo asomo de miedo en él. Y el mago le preguntó si podía prestarle alguna ayuda, y mi padre dijo «sí», pidiéndole al mago que escribiera para él, pues siempre le había intrigado el arte de la escritura. El mago así lo hizo, quitándole el corcho a un cuerno lleno de tinta que pendía de su fajín, y escribiendo con una pluma de ganso sobre un pergamino que sacó de la bolsa. Se separaron en el bosque, y mi padre recordó este día todos los años de su vida, tanto por el mago como por la espléndida cornamenta conseguida. Y

cuando se leyó la escritura, se supo que era una carta de amistad y bienvenida a mi padre o a cualquiera que fuera con ese pergamino a su casa del bosque.

»Mi padre sólo se preocupaba de cazar jabalíes o ciervos y no tenía necesidad alguna de magia, ni yo tenía nada que hacer con pergaminos o escrituras. Pero puedo localizarlo rápidamente entre los colmillos de jabalíes cazados por mi padre, y podrás ir al bosque para decirle al mago, "Soy el nieto del que os enseñó el arte de cazar jabalíes, hace ochenta años".

—¿Y aún seguirá con vida? —preguntó Ramón.

—Si no, no sería un mago —replicó su padre.

Y el chico guardó silencio, lamentando la inconsciencia que mostraban sus precipitadas palabras.

—Sin duda allí estudiarás el misterio de la escritura, del cual tengo algún conocimiento, por haberlo investigado algo para ser capaz de realizarla si se presentara ocasión. Pero de todos los misterios que tenga a bien enseñarte, el que tienes que estudiar con mayor diligencia es el concerniente a la fabricación del oro. Sí, sí, conozco muy bien el pecado que es inherente al oro —dijo, silenciando con uno o dos gestos de la mano la apresurada objeción que vio florecer en los labios del chico—. Pero pienso que se trata de una maldición primigenia proferida por Satanás antes de que éste se fundiera con la Tierra, y no creo sea aplicable al oro que hacen los filósofos.

La juventud y el apresuramiento provocaron otra pregunta.

—¿Es que los filósofos pueden fabricar oro? —dijo Ramón Alonso inconscientemente.

—Muchacho mal informado, ¿acaso no has oído hablar de los filósofos que desde hace diez siglos buscan el oro con su piedra?

—Sí, pero tengo entendido que ninguno lo ha encontrado.

Su padre agitó la cabeza con sonrisa tolerante y no contestó de momento, no queriendo apresurarse a reprender tan infundado comentario del muchacho, porque la vejez, en su sabiduría, espera semejantes conclusiones de la ligereza de la juventud. E instruyó a su hijo con palabras sencillas, diciéndole que el valor del oro no yace en un poder especial del metal sino en su rareza; explicándole de manera que hasta un niño lo habría entendido, que esos hombres aplicados que dedicaban su vida a la alquimia no le confiaban al populacho los frutos de su estudio, pues en cuanto su arte les descubriera la manera de transmutar el metal, desharían en un imprudente momento todo lo conseguido en noches de esfuerzo, trabajando en solitarias torres mientras el mundo dormía. Y añadió argumentaciones más simples y sencillas, bastantes como para corregir el apresurado error de la juventud, pero demasiado obvias y vulgares como para ofrecérselas a mis lectores.

Una vez explicado que la piedra filosofal debió ser a menudo descubierta, y dedicada al uso al que estaba destinada, volvió a encarecer a su hijo que se aplicara en su estudio. Y el joven sopesó las ventajas del oro con todo lo que había aprendido en su contra, y decidióse a seguir esos estudios. Entonces, el Señor de la Torre y el Bosque Rocosó entró alegre en un cuarto trastero donde abundaban los objetos extraños y nada interfería la labor de la araña. Y en este lugar en penumbra donde uno apenas podría esperar encontrar algo, entre montones de viejas redes de pesca que se habían vuelto sólidas por el polvo acumulado, donde se amontonaban gastadas alabardas, ajadas banderillas que antaño ornaron el lomo de grandes toros, embotados cuchillos y estacas, y objetos demasiado viejos como para reconocerlos, a no ser que se limpiasen y llevasen antes a la luz... Tanteando entre todo ello, el Señor de la Torre y el Bosque Rocosó encontró un pálido montón de colmillos de jabalí, entre los cuales dio con el pergamino, tal y como le había contado a su hijo. A continuación, dejóle el

lugar a la araña, reuniéndose con su hijo tras coger un cofre de otra habitación, una caja pequeña de sólido roble y plata maciza, forrada de raso, bien protegida por una gran cerradura. Cogió una enorme llave y lo abrió con cuidado mostrándoselo a Ramón Alonso, al tiempo que le entregaba el pergamino del mago. Mantuvo abierto el cofre, exhibiendo el azul claro del raso, y no pronunció palabra alguna. El joven sabía que era el cofre de la dote de su hermana, y vio que estaba vacío. El padre bajó la tapa, cerró la caja con cuidado y puso la llave a buen recaudo, mientras los jóvenes pensamientos del chico vagaban más allá de Aragona, centrándose en el hombre con la capa de seda negra y su casa en el bosque, donde los metales sufrirían cambios maravillosos antes de que las gruesas monedas de escoria tintinearán en ese forro de raso. Y por donde vagan los jóvenes pensamientos pronto acaban siguiéndoles muchachos y doncellas.

Hablaron a continuación de los caminos que hay más allá de Aragona, y del sendero que conduce al bosque. Y el padre se recostó en la silla buscando descanso, porque le cansaba hablar de cosas difíciles de entender, y especialmente de la obtención del dinero. Pensaba en el asunto desde varios días antes de mentarlo, y nunca pareció seguro conseguir el dinero, pero ahora las cosas tomaban otro rumbo, y eso le tranquilizó. Y le explicó a su hijo el camino mientras se recostaba en la silla, y éste era fácil hasta llegar al bosque, pero a continuación tendría que preguntar a la gente que encontrase; claro que, si no encontraba a nadie, era que la casa estaba cercana pues los hombres la evitaban. También hablaron de cosas y momentos que a ambos les eran placenteros, hasta que el padre recordó que había algo más importante, por lo que habló de lo que sabía concerniente al decoro y la seriedad del estudio de la magia. La verdad es que conocía poco de esta antigua ciencia, pero una vez, hacía años, cuando intentaba adquirir una vaca en un pueblo, vio a un hechicero conjurar un co-

nejo vivo de un sombrero vacío. Y a ello se refería al decir que había tenido poca relación con la magia. Por lo demás, se limitó a hablar de las encanecidas tradiciones mágicas, tan antiguas entonces como ahora, porque tanto entonces como ahora éstas sobrepasan los confines de la historia perdiéndose en las vastas planicies de la leyenda y la penumbra del tiempo.

—Ante semejantes tradiciones —dijo—, resulta adecuado el decoro más severo.

Y el joven asintió con la cabeza, manteniendo el decoro adecuado en el rostro. Y el padre recordó su propia juventud y se maravilló.

Y entonces se separaron, el Señor de la Torre y el Bosque Rocosos yendo a buscar a su dama, y quedándose el joven en la silla ante el fuego ponderando su futuro viaje. Sus pensamientos demasiado ágiles como para poder seguirlos, por lo que sigamos, en su lugar, los lentos pasos del padre hasta ver como entra en una habitación cuyas sombras se ven marcadas por la falta de oro. Esta habitación apenas llamaría nuestra atención con las antiguas sillas de los centinelas que parecen dispuestas para vigilar mientras se holgazanea, y sus ricos tapices colocados para tapar desconchones de la pared o los fluidos que rezuman de imprevistas madrigueras de ratones; y la contemplaríamos siglos enteros sin percibir sus acuciantes necesidades. Pero allí están las sombras, moviéndose lentamente por los solemnes pliegues de los tapices, o alzándose para recibir a su manera la humedad, y siempre sabiendo con su conocimiento de sombras, y susurrando, y murmurando entre sí, y sospechando, y profetizando, y temiendo que la necesidad se haga demasiado evidente y termine con sus días de existencia. Y el Señor de la Torre encontró aquí a su dama, cuyo cabello blanqueaba sobre una cara imperturbable al paso del tiempo o a lo que trajera éste consigo. Si su mente se vio alguna vez conmovida por grandes pasiones, o la turbaron enloquecidas ensoñaciones, éstas pasaron por el

suave y plácido rostro sin dejar más huella que las que dejan tormentas y barcos en la arena amarilla de una soleada caleta.

—He hablado con Ramón Alonso y lo he acordado todo con él —le dijo a ella—. Pronto nos dejará para ir a trabajar con un hombre instruido que vive más allá de Aragona, y nos conseguirá el oro que necesitamos, y después algo más para él.

No habló más del tema, porque no era ésa su costumbre, ni en España estaba al uso hablar de negocios con las damas.

Y la dama se alegró de ello, porque durante mucho tiempo había intentado hacerle ver a su marido la falta que atraía a las sombras a rondar por la Torre, anunciando su llegada a todos y cada uno de los rincones del lugar; pero los jabalíes debían ser cazados y los sabuesos ser alimentados y un centenar más de cosas demandaban su atención, y había llegado a temer que su mente nunca tendría un momento para dedicar al asunto. Pero ahora estaba todo arreglado.

—¿Se marchará pronto Ramón Alonso? —preguntó.

—No, por unos días —respondió—. No hay prisa alguna.

Pero los rápidos pensamientos de Ramón Alonso habían aventajado todo esto. En esos momentos se encontraba hablando con su hermana, diciéndole qué al día siguiente partiría a la casa de las montañas de la que tanto había oído hablar, encareciéndola que cuidara de su sabueso. Se encontraban en el jardín pese a que el día estaba en su crepúsculo, el jardín que daba al patio donde habían jugado antes, situado en la ladera de la colina donde se alzaba la Torre y separado de la tierra agreste por la misma balaustrada de mármol que separaba al patio del bosque.

Estábamos en los días que median entre la primavera y el verano y las mariposas nocturnas destacaban en el oscurecido cielo, abandonando sus hogares en el bosque atraí-